

LA VALENTÍA DE SER MODERADO

Walter Jesús Eiguren

AGRADECIMIENTOS

A Dios, fuente de toda razón y justicia.

A toda mi familia: mi esposa, Patricia Lavallen; mis hijos, Nicolás Eiguren Lavallen y Dafne González Lavallen.

A todos mis compañeros y compañeras del Partido Moderado. A todos los afiliados y autoridades nacionales y provinciales del partido.

A mis padres, Juan Francisco y Casiana.

Y a todos aquellos que sientan este libro como propio y útil.

Rosario, Argentina. Junio de 2026.

PRÓLOGO

Esta es una invitación al lector a pensar desde otra perspectiva. Intento expresar un pensamiento más que darle protagonismo a lo filosófico: mis sentimientos, mi pasión por la política y aquello que me lleva a reflexionar y a expresar, de la manera más simple posible, el pensamiento del Partido Moderado y algunas conclusiones desde mi humilde opinión.

Aquí encontrarán vivencias, situaciones y opiniones claras. No hay demagogia discursiva; hay una escritura sencilla, basada en la vida de un militante que, desde hace décadas, hizo y hace a diario lo mejor posible para mantener algo que hoy parece no existir en la política: la sensatez, la medida y el equilibrio. Todo esto, cometiendo errores, pero siendo protagonistas de una resistencia activa.

Espero que, desde este primer libro, quede establecido un vínculo entre nosotros y el lector; una comunión necesaria en la nueva

Argentina, basada en el diálogo, la paz, el reencuentro, el perdón y la reconciliación de todos los argentinos.

No habrá patria ni nación sin unidad nacional; no habrá paz sin desarrollo, y no habrá reencuentro sin humildad y sin la capacidad de reconocer que podemos estar equivocados y de ver al otro como un compatriota, y no como un enemigo.

La vida política debe mejorar para que la sociedad viva mejor. Debemos reivindicar la política y la militancia como una acción noble, heroica y como una muestra de amor hacia el pueblo.

De todo corazón les ofrezco este libro, invitándolos a disfrutarlo y esperando sus opiniones y críticas para también aprender.

¡Feliz lectura!

Walter Jesús Eiguren

LA POLÍTICA COMO HERRAMIENTA

La República Argentina, desde su nacimiento, tuvo grietas. Si analizáramos seriamente nuestra historia, comprobaríamos que, salvo algún hecho aislado, jamás hubo una verdadera era de unidad nacional. Siempre oscilamos entre posiciones que marcaron nuestra división como país.

En este libro se trata de pensar y analizar cómo hemos fallado como sociedad para llegar así hasta nuestros días.

Una herramienta, en buenas manos, sería un instrumento para solucionar problemas. En manos inapropiadas, podría convertirse en un arma y dejar de ser una herramienta.

La política, como herramienta de transformación social, muchas veces solo fue utilizada como una llave para solucionar pequeños problemas aislados de los argentinos. Sin dudas, en manos equivocadas, también puede convertirse en la herramienta de oportunistas y advenedizos. La gente solo ve que, desde siempre, sirvió para mejorar la vida de un minúsculo grupo de privilegiados.

Este injusto sistema, en el que la renovación solo se produce entre ellos mismos, tiene además un sistema de elección lleno de vicios.

La política sobrevive como una actividad con muy mala fama. Es más fácil echarle la culpa a «la política» que a los beneficiarios del sistema, que además cuenta entre sus cómplices con sindicalistas, empresarios, magistrados y ciudadanos posicionados económica y socialmente de manera privilegiada.

Quedarse únicamente en el análisis y en las lamentaciones solo será un consuelo momentáneo.

La actitud correcta es analizar fríamente toda la situación y pensar soluciones simples, fáciles y de probada realización, porque la ejecución lo es todo: la «resistencia activa».

Deberíamos pensar primero en las causas, el origen, las consecuencias y las soluciones desde un ámbito de encuentro, de diálogo sincero, de concertación y de probada ausencia de egoísmos. Debemos pensar en la Argentina por sobre todo.

Pensar en las generaciones presentes es indispensable; de lo contrario, no podremos imaginar un futuro posible.

Seguiremos sosteniendo que la política es el ámbito donde se desarrolla la solución. Los políticos no pueden —o no podemos— ser los únicos responsables. La ciudadanía tiene la enorme responsabilidad de fiscalizar, pero también el desafío de ser parte

activa de las cosas. Ser solamente espectador es una posición demasiado cómoda para un país que tiene todo por hacer.

Argentina tiene que ser salvada por nosotros, por los argentinos y por nuestra inevitable responsabilidad frente a la cosa pública.

Debemos dejar de mirar y empezar a hacer; dejar de hablar y empezar a hacer; salir de lo virtual, de las opiniones huecas en las redes sociales, y concretar realizaciones efectivas y palpables.

Seguramente algún creído sofisticado dirá que el ámbito es el Congreso Nacional, y podría ser cierto en parte, pero no lo es todo.

Los ámbitos de participación pasan por muchísimos lugares: la casa, el hogar, la familia, el barrio, el club, la vecinal, el partido político y los órganos del poder público: el Congreso, los gobiernos municipales, los ámbitos gremiales y el Gobierno nacional.

Nadie puede decir que nuestra sociedad no ofrece lugares de participación. Quien no encuentra un espacio para ser parte o integrarse debe comprender que la política constituye una herramienta determinante y que el rol de la gente es imprescindible.

Gritar después de haber perdido la oportunidad de hablar y ser escuchado es poco redituable. Hablar, opinar y participar activamente en política es una manera concreta e interesante de cambiar las cosas.

EL JUSTO MEDIO

En Argentina, ser moderado parece una utopía. Sin embargo, existen posiciones inclinadas hacia la centroderecha o la centroizquierda que pueden presentarse como opciones más moderadas.

Por ejemplo, el justicialismo buscó en su doctrina el justo medio; es decir, el equilibrio entre el capital y el trabajo, buscando en sus enunciados la justicia social como síntesis de ese equilibrio entre dos posiciones aparentemente contrapuestas o antagónicas.

El radicalismo también buscó el equilibrio a través de sus políticas reformistas universitarias y sus políticas republicanas de fomento democrático.

Pocas fuerzas buscan hoy, ideológicamente, la moderación porque, electoralmente, según algunos especialistas, analistas, encuestadores o consultores, colocan a la moderación en una posición de tibieza.

Claro, todo esto forma parte del negocio de los extremos. El negocio de la pelea por el rating fomenta el odio, la división y la separación en escenarios como las redes sociales, con posiciones que, cuando uno se detiene seriamente a estudiarlas, nota que, en muchos casos, son exactamente lo mismo.

Hoy, las posiciones más extremas, por ejemplo, entre el llamado kirchnerismo, representado por posiciones progresistas y más de izquierda romántica, se contraponen con un liberalismo-libertario como La Libertad Avanza, que fomenta una economía basada únicamente en el mercado y en su suerte.

Ambos utilizan los mismos métodos de confrontación: reina la pelea, el insulto, la descalificación y la anulación del otro. No aparece jamás la propuesta unificadora. Ninguno ve en el otro nada bueno.

La ceguera ideológica carcome el debate, lo achata, lo banaliza y lo convierte en algo inútil. La gente vota emociones ligadas al bolsillo; no hay propuestas y ni siquiera plataformas electorales.

En la politiquería de estos sectores, el pensamiento está en desuso, caduco y hasta se convierte en objeto de burla.

Buscar el justo medio es todo un desafío. Encontrarse en medio para consensuar no es para fanáticos enardecidos, agitadores de películas viejas y eslóganes vacíos. Los extremos nunca dejarán de reprochar constantemente el pasado porque, políticamente, viven de él. El pasado sustenta su existencia. No tienen formas de proyectar el presente y mucho menos de imaginar un futuro.

Transitar el justo medio es ser capaces de reconocer, en paz y con diálogo, lo mejor del otro y buscar también un acercamiento en uno mismo.

Los partidos políticos hoy están vacíos, carentes de funcionamiento. Son solo personerías jurídicas, útiles para presentarse a una elección, y al no tener una vida interna no tienen debate, no nacen ideas y sus «dueños» no permiten que nazca nada nuevo.

Es peligroso lo nuevo. Podría atentar contra sus feudos o intereses. Por eso buscan fuera de sus estructuras personajes famosos, artistas, deportistas y periodistas, llamados o autodenominados outsiders.

Nosotros, desde el Partido Moderado, jamás buscamos eso como salvación electoral. Creemos en todo lo contrario: creemos en la formación, el mérito, la militancia, la lealtad partidaria y el compromiso de la ciudadanía.

Encontrar el justo medio, para nosotros, es la moderación. Exige esfuerzos extras. Ser moderado no es fácil en una sociedad que descarga sus frustraciones en la política del enfrentamiento, en la pelea y en la división absurda.

El equilibrio entre pensamientos diferentes es un arte, pero, sobre todo, es respeto, reconocimiento del otro, humildad y pensamiento estratégico en favor del bien del país.

Pensar por encima, con desprendimiento, no es claudicar: es reconocer y ser reconocido, valorar, encontrarse en las coincidencias y trabajar a partir de ellas.

El país exige trabajar, no pelear.

Los partidos extremos deben pensar que un día el electorado se cansará, como ya está sucediendo, ante tantas divisiones. El negocio acabará y ya no será una ganancia electoral.

Este método asegura solamente el fracaso. El gran desafío no solo es ganar circunstancialmente una elección: es trascender y ser capaces de unificar, moderar los mensajes y ejemplificar con nuestras acciones.

Claro, la pelea es fácil, es gratis y es lo más accesible. Desde un erudito hasta un mediocre pueden ponerse a la misma altura.

La moderación exige esfuerzos extra: lograr sentarlos a todos a dialogar y respetarse.

Todo un desafío.

DEL ODIO AL ABRAZO

La elección de Juan Domingo Perón y Ricardo Balbín representa una diferencia con la dictadura de los extremos que premia el grito y santifica la intransigencia.

La moderación ha pasado, erróneamente, a ser vista como tibieza o como el refugio de los grises y los tibios.

Sin embargo, la historia nos muestra lo contrario: el extremismo es el camino fácil. Una rendición ante el primer impulso, casi irracional.

La moderación, en cambio, es un ejercicio de «arquitectura civil» que requiere carácter de acero y temple. Desde la antigua Grecia, la *sophrosyne* —esa armonía basada en el dominio de sí mismo— no era una invitación a la pasividad, sino la base de la ciudadanía activa.

Para los senadores de la antigua Grecia, la política no consistía en el exterminio del otro o del bando contrario, sino en el trazado de un justo medio.

Ellos entendieron que, si una facción lograba la victoria total, no alcanzaba el dominio ni una democracia triunfante, sino una guerra civil en pausa.

Esta verdad universal se acerca mucho a nuestra historia contemporánea argentina.

Perón y Balbín, lejos de cavar trincheras de división, construyeron puentes y lazos por encima de sus diferencias, sus pensamientos, sus partidos y sus seguidores.

Eso no fue un pacto de convivencia: fue un acto de moderación heroica.

Perón comprendió, al regresar del exilio, que para un argentino no había nada mejor que otro argentino. Y Balbín, el eterno rival de Perón, tuvo la grandeza de despedir a su antiguo rival con una frase que hoy suena como un mandato inconcluso:

«Este viejo adversario viene a despedir a un amigo».

Aquellos gestos de estos líderes derrumbaron los muros de la intolerancia y nos recuerdan que la política no es el arte de cavar trincheras, sino de construir puentes, aun sobre el abismo.

Hoy, reivindicar la moderación es un acto de rebeldía contra la dictadura bipolar de los extremos ideológicos.

Es entender que el otro no es un enemigo a aniquilar o exterminar, sino una parte indispensable de la nación y de la verdadera democracia.

En un mundo incendiado por la furia, la intolerancia y la persecución, la medida de Perón y Balbín sigue siendo una brújula válida.

Porque la historia no la escriben quienes logran imponer sus odios, sino quienes tuvieron la valentía de bajar las armas del prejuicio y del rencor, dejando atrás historias que solo servían para contar anécdotas sin ninguna utilidad para nuestro presente.

El gran desafío es no claudicar ante las focas aplaudidoras de la tribuna propia, los aduladores, los incendiarios y los obsecuentes.

Porque la moderación justamente no es un punto de llegada ni de partida cómodo. Es, en realidad, la posición más expuesta en un ecosistema de trincheras mentales e ideológicas baratas.

El que se ubica en el puente recibe disparos de ambos lados.

En definitiva, elogiar la moderación es elegir la independencia de criterio y la capacidad de decir «no» a los fanáticos propios para decirle «sí» a todos aquellos que construyen una solución común.

La moderación es el acto de rebeldía más necesario en un mundo de algoritmos que nos obliga a elegir entre odios y odios.

Ser moderado es un acto de resistencia activa frente a un sistema dominado por quienes buscan someter poblaciones y convertirlas en cáscaras vacías de ciudadanía y de causas.

Hoy, ser rebelde es ser moderado. Es estar en el lugar donde hay más ciudadanía y menos desencuentros.

Es el ámbito que debemos construir.

EL ARTE DE LA PROPORCIÓN

Los «nuevos políticos», o muchos de ellos, miden erróneamente la buena o mala política, es decir, su calidad, solo por un resultado electoral.

El error radica en la poca o nula visión para analizar los hechos completamente. Solo el éxito de una elección los convierte en

creídos líderes, o una derrota los convierte en completos fracasados.

Siguen viendo la realidad con un lente distorsionado de pasado y triunfalismo.

Desde una visión moderada, encontrar el equilibrio justo entre diferentes valores e intereses es como encontrar la armonía en una composición artística, donde cada elemento tiene su lugar y su medida.

En Argentina, esto podría significar equilibrar la economía, la justicia social y la libertad individual.

Para lograr ese equilibrio es indispensable:

1. Diálogo: fomentar el diálogo entre sectores y partidos políticos y crear una nueva cultura del diálogo.
2. Análisis objetivo: evaluar las necesidades del país de manera objetiva y generosa.
3. Evaluación de propuestas concretas: desarrollar políticas que equilibren intereses y valores.

4. Liderazgo: priorizar el bien común por sobre los intereses partidarios y formar futuros líderes y estadistas.

La construcción política en el gobierno, desde la visión del Partido Moderado, implica:

- Construir coaliciones y acuerdos amplios.
- Priorizar la gobernabilidad y la estabilidad política e institucional.
- Tomar decisiones basadas en evidencia y análisis.
- Promover la participación ciudadana y la rendición de cuentas.
- Tener flexibilidad y adaptarse a circunstancias cambiantes.
- Tener visión a largo plazo, crear previsibilidad y considerar las consecuencias futuras.

Por eso, la herramienta es la moderación, clave para aplicar el arte de la proporción en política y en el gobierno.

Implica evitar extremos y decisiones extremas y buscar siempre construir desde las coincidencias.

En un escenario de bipolaridad política, la moderación será siempre vista como debilidad o falta de convicción.

Sin embargo, es todo lo contrario: es cuando más se necesita encontrar el equilibrio, la justa medida de las cosas, la medida, el encuentro y el temple.

La pregunta es: ¿la sociedad argentina está dispuesta a premiar la sensatez y la búsqueda de acuerdos por sobre la confrontación, el odio, la división y los malos gobiernos?

¿Será que la fatiga y el cansancio que generan los extremos pueden llevar a un cambio hacia la moderación?

El cansancio y la desilusión de la ciudadanía demuestran que no se abordan los problemas reales de la gente y alejan al electorado hacia el desconcierto, la apatía o la antipolítica.

Allí empieza la valorización de la moderación.

La gente revaloriza la palabra cumplida: «hacen lo que dicen»; «no prometen nada y hacen»; «están cerca y escuchan más de lo que hablan».

Acciones concretas y transparencia. La gente valora la claridad de los mensajes directos y sinceros, aunque duelan.

Por lo tanto, la proporción implica equilibrio, columna vertebral del Partido Moderado.

La idea de acción y proporción está estrechamente ligada con la moderación política.

El nombre Partido Moderado ya lleva en sí el punto de partida donde nace la diferencia con los partidos extremistas.

EL NACIMIENTO DEL PARTIDO MODERADO EN ARGENTINA

La necesidad es una gran motivación para impulsar un proyecto, y esa misma necesidad estaba germinando un nacimiento.

Lo nuevo, lo pensado, se basaba en una necesidad: la de algo que diera esperanza a lo porvenir.

La pandemia nos creó a todos una nueva forma de ver el mundo. En esas instancias, todos, encerrados, soñábamos con todas las formas de libertad posibles.

Nunca le dimos tanta importancia a la libertad. Solo su falta nos mostró su vital importancia y nos permitió ver las falencias del poder y la disciplina de una sociedad mansa y dominada.

Allí asistimos a la verdadera aparición de sectores extremos, agitando tanto la restricción como la libertad total.

Para algunos, la pandemia era una ficción montada con un propósito hasta diabólico; para otros, era el fin del mundo; y para otros, lo nuevo que nos dejaría un nuevo país y un mundo nuevo.

Cada argentino tenía una percepción de la realidad. Cada uno tenía una idea sumamente personal y no de conjunto. No había comunidad, y mucho menos un gobierno o poder.

Personalmente, noté la aparición de sectores extremistas o radicalizados que solo alentaban la división, el enfrentamiento y el caos.

No había opción. La situación era esperar, esperar o empezar, lógicamente por instinto de supervivencia, algo que nos despertara la esperanza, la luz al final del túnel, algo que nos entusiasmara y nos diera un sentido.

En ese momento, con mi familia, podríamos habernos ido del país. Nuestro destino podría haber sido España. Era una opción para nosotros.

Pero la supervivencia, la vida, Dios y todo junto nos hicieron reflexionar: había que quedarse en casa.

La consigna del Gobierno caló hondo en todos los argentinos.

Sentíamos que algo nuevo tenía que nacer, que debía aparecer en escena. Al menos, así lo sentíamos.

Estaba relacionado con el día después del confinamiento de la pandemia. El día después, aunque no sabíamos cuándo sucedería.

Era lo más importante: la esperanza se notaba allí nomás, junto con la incertidumbre.

Una tarde familiar, como era costumbre durante el encierro, nos había acercado otra vez. Viendo una serie política que llamó nuestra atención, descubrimos una producción nórdica que trataba sobre el sistema de representación política y la aparición en escena de una nueva fuerza en medio de la grieta danesa.

El país donde se situaba la trama era Dinamarca, con sustanciales diferencias respecto de Argentina: culturas y realidades diferentes, pero con una coincidencia: la necesidad de algo nuevo en la política de ambos países.

La moderación.

El Partido Moderado era el protagonista de toda la serie.

La serie, llamada Borgen, despertó en nosotros serias inquietudes. En principio, imaginar algo así para nuestro país no pasaba de eso.

Los días siguientes, y a cada capítulo, fue creciendo una curiosidad más comprometida en mi esposa Patricia, mi hijo Nicolás y en mí, hasta que un día nuestro hijo puso el desafío sobre la mesa:

«Hay que hacer eso».

¿Qué es «eso»?

Ordenar y proponer la creación de un partido moderado. La antítesis y la oposición a ambos extremos. Lo necesario para gestar el nacimiento de lo que hoy es el Partido Moderado de Argentina.

¿Un partido más? ¿Para qué? «Son todos iguales». «Son todos lo mismo». «¿Por qué no se unen con el kirchnerismo?». «¿Con el mileísmo?».

La gente, por esos días —y algunos todavía— no logra ver más allá del sistema de las dos veredas de la grieta.

La limitación de algunos no permite ver otras opciones que no sean apoyar al kirchnerismo, con todo su bagaje y sus resonantes casos de corrupción, o al recién llegado mileísmo, oculto detrás de un libertarismo impracticable.

Ambas facciones coinciden en métodos como la descalificación, el rotulado y la catalogación del otro y de quienes no piensan igual.

Esta práctica ha alejado a la gente por desgaste y cansancio. Muchos ven posicionamientos destinados únicamente a satisfacer necesidades personales, en detrimento de la gente, especialmente de los pobres, los más humildes y los trabajadores.

Era hora de algo nuevo, diferente, que naciera y se construyera de abajo hacia arriba: real, concreto, con amor, solidaridad y un profundo respeto por la democracia, las instituciones y la República.

Con amor a la patria y a las costumbres y valores que nos son propios a los argentinos.

Nació en nuestro hogar la idea de formar un nuevo partido.

Se gestaba así el Partido Moderado.

Los primeros pasos se dieron en la computadora de mi hijo Nicolás. Él creó y diseñó el primer logotipo del partido y eligió junto a Patricia, mi esposa, el color. También definieron el nombre del partido y su eslogan: «La centro derecha».

Esa posición marcaba un lineamiento, pero nunca fue un condicionante para sumar personas de distintas extracciones que ya venían de experiencias políticas anteriores.

Tanto Patricia como yo buscamos los primeros requisitos legales para conseguir la personería jurídica.

Años antes habíamos creado otro partido nacional de distrito en varias provincias. Allí también nació, en el seno de la familia, una historia de trabajo político.

Nuestra hija Dafne había sido la creadora del logotipo, las planillas, los avales y los escritos.

Debo decir que siempre contamos y consultamos con las ideas y opiniones de nuestros hijos, tanto de Nicolás con el Partido Moderado como de Dafne con lo que fue el Partido Popular.

Aclaramos que, por maniobras poco claras de terceras personas, perdimos aquella personería jurídica. Tal vez hoy usufructúen algo que no crearon.

Lo positivo es que se creó una dinámica con un entusiasmo muy grande y motivador.

Fue una tarea titánica, en plena pandemia y con el encierro total, poder coordinar todo para lograr los requisitos.

Según la Secretaría Electoral de Santa Fe, el Partido Moderado fue y es el único partido político nacido durante la pandemia, con todo lo que eso representaba: resiliencia, esfuerzo, propósito, unidad de concepción, unidad de acción y la necesidad de enfrentar todo tipo de adversidades burocráticas, agravadas por las restricciones.

Había que viajar a escondidas, mover vehículos, juntar afiliaciones y esperar la aprobación.

Y todo se logró.

Muchas personas tuvieron que ver con ese logro: afiliaciones, vehículos para viajar y tantas otras colaboraciones.

Se nos daba una oportunidad y no podíamos dejarla pasar.

Mientras todos, con razón o sin ella, solo protestaban, nosotros creábamos la herramienta de la protesta: el Partido Moderado.

Crear un partido, para mucha gente, podría ser solamente un trámite.

Pues no es así.

La creación, la formación y el cumplimiento de los requisitos fueron todo un desafío, especialmente teniendo en cuenta la imposibilidad impuesta por la pandemia.

Sin embargo, desde el primer momento se pensó como un desafío a sortear.

La pandemia era una motivación. Algo que vencer. El primer obstáculo del Partido Moderado antes de nacer.

Hay que mencionar que, como organización política y sin la aprobación legal del partido, nosotros armábamos toda la estructura que podíamos para participar de la primera elección.

Asistíamos a enfrentar partidos y candidatos muy fuertes y bien posicionados en la opinión pública.

Nosotros solo teníamos algo que no abundaba y que tenemos también hoy: fe.

Muchas ganas, voluntad, predisposición, mucha militancia y también muchos problemas.

Los armados políticos suelen ir siempre acompañados de momentos difíciles y adversidades con personas que se portan mal. Son los menos y no merecen más que estas pocas palabras.

Pero, sin duda, la gran victoria fue de quienes prevalecieron y de quienes durante años viven remándola.

Ellos merecen este libro y mi reconocimiento personal y político.

Tendría que nombrarlos, pero hay personas que saben muy bien que siempre los reconozco porque hoy son autoridades del partido o tienen responsabilidades sumamente importantes y estratégicas.

Hoy, el partido ha logrado, con altibajos, ser una gran familia.

Y eso nos unió para enfrentar todo tipo de adversidades.

Siempre se dice por ahí, en política: «Lo único que precisas es plata». Mucho dinero, banca, apoyo de los poderosos y billeteras gordas.

En cierta manera, todo eso podría ser cierto.

Yo agregaré a esas formas de ver la política un rasgo de política y negocios: oportunismo o ventajismo.

Pero nosotros, desde el primer momento, definimos solventar todos los gastos posibles del Partido Moderado con nuestro esfuerzo, nuestra colaboración y aportes para ciertos gastos.

Era difícil, y lo es hoy, saber que teníamos que afrontar gastos y una campaña proselitista con dinero propio.

Pero así lo hicimos.

Organizamos todo: cenas, rifas y aportes de nuestros bolsillos.

Y con una inquebrantable voluntad de vencer, eso dio sustento emocional y de funcionamiento a la organización política vigente.

EL DEBER DE VENCER

Cuando no tenés el deber de vencer, ya perdiste.

Es la ineludible situación que debe enfrentarse en política y en todos los órdenes de la vida, porque desde nuestro nacimiento los seres humanos nacemos en la adversidad que debemos superar y vencer.

Ya lo decía Juan Domingo Perón:

«Un conductor que no siente el deber de vencer, difícilmente triunfará».

Es abnegación y riesgo.

El triunfo requiere superar el egoísmo y jugarse en las grandes acciones, y no buscar ni conformarse con éxitos mediocres.

La resiliencia es la acción, el método y el comportamiento de lo personal en el conjunto.

Porque, si la victoria no se logra, el conductor debe estar preparado para soportar los golpes del destino de pie, con entereza, y debe ser capaz, además, de motivar una próxima victoria.

Claro que no es fácil en una sociedad que endiosa solo el éxito y condena fatalmente cualquier resultado menor.

El éxito no viene ni nace de la pasividad, sino de la acción.

En la acción real hay que exponerse. Quien no se arriesgue a equivocarse no hará nada y, por lo tanto, sin ninguna acción ya habrá sido derrotado por sí mismo.

Por eso, la acción en política lo es todo y los moderados somos un partido que prioriza la acción.

Permanentemente.

Cuesta mucho mantener el ritmo de la acción permanente.

Existe un método llamado C.A.P. —Campaña de Acción Permanente—.

Por esto, el Partido Moderado tiene un método de cercanía y acción en los territorios.

Vamos allí donde no va nadie. Vamos y estamos cerca de quienes más lo necesitan.

El Partido Moderado es, básicamente, un partido de acción territorial con la gente, desde la gente y para la gente.

Un partido sin gente es una carpeta: el llamado «sello».

Algo que en el Partido Moderado no sucedió nunca.

Porque hay que tener mucha energía, pasión y altísimas convicciones para mantener el ritmo de la acción permanente.

El Partido Moderado siempre mantiene la convocatoria y la acción de reclutamiento, de sumar en todo momento y en todo lugar, no solo en épocas electorales o en elecciones ya definidas.

Siempre.

En todo momento y en todo lugar.

Acción permanente, error, análisis de la situación, corrección, ajuste del método, movimientos de cuadros apropiados para cada tarea y recomienzo de la misión.

Porque el fin no se detiene hasta lograr el propósito.

Por eso, el deber de vencer se dio desde la misma concepción del Partido Moderado.

Nunca tuvimos ni tenemos fines conformistas ni pequeños.

Somos conscientes del tiempo, de la construcción permanente y de la acción política de cercanía.

El deber de vencer es una condición natural en los seres humanos.

Vencer es pensar bien, analizar bien, construir bien y ser dinámicos.

Sin dinámica y acción, aun con buena conducción política, solo habrá fracasos o pequeños logros.

La primera misión es el deber de vencer.

LA MILITANCIA POLÍTICA: EL COMPROMISO

La militancia es el ejercicio pleno de la política inicial.

Hay funcionarios que llegan sin militar en política y otros que llegan después de una ardua militancia territorial, barrial, universitaria, sindical o en otros ámbitos sociales.

También existe la militancia solidaria en barrios humildes y en tantos otros espacios.

Pero esta acción militante conlleva una gran responsabilidad y compromiso, así como un fiel casamiento con una causa.

Puede variar la causa, e incluso el partido o el lugar donde militar.

Lo que nunca puede desfallecer o aflojar es el compromiso, la responsabilidad, la continuidad y el esfuerzo.

Exige un accionar que lleva tiempo, presencia, traslados, gastos y energía mental y física.

Exige todo, porque dándolo todo es posible lograrlo todo.

Como en toda actividad, con pasión y una estrategia es posible lograr cualquier objetivo.

La militancia política debe alimentarse de información y de estudios que constantemente nutran el conocimiento del militante.

En esto es fundamental estar a la altura de las circunstancias y conocer los movimientos del mundo.

Tener información de lo que pasa en el mundo es comprender con claridad lo que sucede en el país, porque nada nos es ajeno.

Mirar la militancia política solo como la tarea de un «repartidor de folletos» es un error.

Creer que la militancia queda limitada a lo electoral es otra calamidad.

La militancia en los partidos políticos lo es todo.

No hay partidos sin militancia política, al menos aquellos que pretendan ser partidos serios y no los llamados «sellos para alquilar».

Sellos sin identidad, sin imagen y, mucho menos, sin el verdadero sentido de un partido para con la política y la gente.

No hay partido sin gente.

Sin militancia no hay dirigentes y, sin gente, tampoco hay dirigentes.

Un viejo militante que llegó a presidente de la República, el doctor Carlos Saúl Menem, me decía:

«Un militante jamás deja de serlo. Aun como presidente de la República, milito por un país mejor. El día que un militante ya se cree superior o se cree dirigente, en vez de conducir —que es persuadir— comienza a mandar, y allí estará dando los pasos seguros a su tumba política».

Juan Domingo Perón decía:

«Cuando un compañero se cree más que otro, es porque se está pasando a las filas del enemigo».

La política como acción militante exige una presencia muy fuerte y arraigada que muchos llamamos pasión.

Sin ella, es imposible transitar la mayoría de las situaciones.

Aunque nadie lo diga, son más las derrotas que los triunfos.

Porque para lo primero que debe formarse un cuadro político es para saber perder.

Ganar es un sentimiento fácil.

Algunos pocos se deliran con triunfos menores, pero también eso habla de la mediocridad y de su calidad como militante.

La única premisa de un militante es fortalecer y hacer crecer la estructura política donde actúa.

El hombre o la mujer que más sirve a la organización difícilmente pase al estatus de dirigente si no es capaz de persuadir, convencer, aglutinar y sumar.

En definitiva, es un ensayo fallido de dirigente.

Repetimos: no hay dirigentes sin gente.

No tienen a quién comandar ni conducir. Solo son agitadores aislados de frustraciones individuales.

Por lo tanto, la militancia política es un compromiso sostenido, permanente y guiado por un pensamiento ideológico y político, buscando la transformación social más justa.

Exige dedicación intensiva, coherencia y participación territorial en acciones colectivas e individuales de difusión, propaganda, tareas de campo, inteligencia, atención pública, reclutamiento, afiliación partidaria y contención.

En definitiva, todas son herramientas para conducir políticamente.

Se trata de una acción individual y de conjunto de altísima responsabilidad.

Algunos aspectos claves de la militancia y el compromiso son:

- Compromiso activo: se traduce en acciones concretas, tanto institucionales —votar, participar en partidos, etcétera— como no convencionales —protestas callejeras o desobediencia civil, entre otras—.

- Identidad y propósito: implica adoptar una causa, a menudo con una visión transformadora para bien de la realidad social.
- Formas de militancia: puede ser formal, en partidos políticos, o no formal, en movimientos sociales o en ámbitos profesionales. Requiere, en todos los casos, coherencia entre el discurso o mensaje y la acción.
- Coherencia y persistencia: se considera una forma de vida que trasciende la coyuntura y busca sostener la participación en el tiempo.
- Rol de la juventud: la formación y la participación de los jóvenes son fundamentales para la renovación y la transformación política: el trasvasamiento generacional.

Podemos definir entonces a la militancia como la pasión por la política y el trabajo.

Esta acción constituye una herramienta de cambio colectivo en las sociedades.

SER REBELDE Y RE-EVOLUCIONARIO ES SER MODERADO

La rebeldía, por tradición o costumbre, era asociada a posiciones ideológicas trotskistas, anarquistas o de izquierda dura.

Sin embargo, allí vuelven a compartir método y fin la izquierda dura y la derecha boba, o derecha útil a la posición de crear antagonismos y enfrentarlos permanentemente.

En sus enunciados parecen distintos, pero a la hora del método o del debate son lo mismo.

Antes, ser rebelde era protestar en una marcha, incluso enfrentarse con el orden público, la policía o las fuerzas de choque o antidisturbios.

Los rebeldes eran los antisistema, los que agitaban para rebelarse contra el sistema de dominación y opresión del momento.

Hoy, la rebeldía pasa por una posición de equidistancia bien marcada entre las izquierdas y las derechas.

Ambas son, en muchos casos, cómplices una de la otra. No existirían ambas a falta de una.

Ser rebelde y revolucionario, en el inconsciente colectivo, está muy asociado a quienes tienen capacidad para crear desorden, agitar manifestaciones y defender posiciones políticas extremas, algunas violentas y otras no.

En algunos casos, sus reivindicaciones, totalmente bien intencionadas, se desvirtúan en la aplicación del «método revolucionario».

Se desarma el objetivo para que, en muchos casos, el revolucionario termine utilizando un conflicto específico para defender otros.

Y siempre con el propósito de crear cierto caos en nombre de una «revolución» impracticable que jamás llega.

Y menos aún sin tomar jamás el poder.

Por lo tanto, esas banderas «revolucionarias» terminan disueltas en conflictos físicos, peleas, enfrentamientos con fuerzas de seguridad, protestas sin fundamento y reivindicaciones vacías, imposibles de cumplir o ejecutar.

Hoy, desde la moderación, ser rebelde es justamente eso: ser moderado.

Con una posición distinta y de valor diferencial ante las posiciones de la izquierda dura y de una derecha boba, cómplices en métodos, acciones y reivindicaciones vacías.

Por lo tanto, hoy ser moderado es realmente un acto y una posición re-evolucionaria.

Porque esa re-evolución es un paso y una posición de vanguardia, estando totalmente por encima de los métodos y acciones de los falsos revolucionarios.

Ser moderado es justamente un acto de sana rebeldía y de acción comprometida con la alta política, y no con la politiquería barata.

Ser moderado es realmente una posición distinguida entre las fuerzas extremas que, a veces, destilan odios para sustentar sus armados políticos.

En esa contraposición, ser moderado es buscar, encontrar, promover y defender la política desde el debate constructivo, la reconciliación, el encuentro y el acuerdo.

La política como bien superior a disposición de la sociedad.

Un militante moderado, afiliado, comprometido y parte de la conducción del partido es una especie de gerente con responsabilidad de gestión en su ámbito.

Nadie en el Partido Moderado está de más.

Todos son importantes.

La rebeldía hoy es no ser parte de todo aquello que es de posición masiva.

Ser rebelde es mantenerse en pie en una sociedad que se arrodilla ante modas pasajeras, publicidades vacías o eslóganes dudosos.

Es oponerse y evitar ser rotulado justamente por aquellos que son lo mismo, pero desde dos veredas distintas: los arquitectos de la grieta.

La moderación toma distancia de las posiciones que generan, crean y administran las peleas o divisiones.

Es imposible entender una buena política, o una política beneficiosa para la población, si solo se dedica a dividir, romper y enemistar gravemente a la sociedad.

Una buena política es la que proponemos desde el Partido Moderado.

El mundo precisa soluciones y Argentina no está exenta de eso.

Solucionar implica establecer puntos de comunicación y no romper puentes o caminos de unidad.

Exige la necesidad de empezar a trabajar sobre las coincidencias y no poner sobre la mesa solo aquello que nos divide.

Es darle prioridad a los acuerdos y consensos.

Y allí nuestros militantes, desde cualquier lugar que ocupen, deben darle importancia total a ese mecanismo.

Nuestros militantes luchan contra las injusticias, las malas políticas y los malos resultados, pero también deben saber separar que no todo es malo.

Hay hechos y gestiones sumamente rescatables que, aun no siendo de nuestro partido, reconocemos y respetamos.

El rol de un militante moderado que siente la camiseta del partido al que está afiliado y cumple con sus objetivos de difundir las ideas, sumar nuevos integrantes y cuidarlos es de una importancia vital.

La base se sustenta en personas con amor y compromiso por una causa.

Allí radica la mayor característica: tener empatía y ser cercanos al otro.

Saber y estar atentos, entendiendo que la militancia política requiere cuidado y acompañamiento por parte de autoridades o de otros militantes.

En los grupos humanos nacen situaciones personales de toda índole: de carácter, de trato, de debate, de discusión y pelea, y también amistades.

Todo nace en los grupos humanos y, para esto, es ineludible entender a las personas.

No a los políticos, sino a la parte humana.

Por todo esto, la rebeldía hoy pasa por entender, abrir puertas, dar participación, encontrar consensos y ejecutarlos.

Y, por sobre todo, humanizar una actividad sumamente noble como es la militancia política.

Un modelo de acción y pensamiento para servir y no servirse.

Una actividad donde hay que estar dispuesto a dejarlo todo, incluso hasta la propia vida.

LA FORMACIÓN DE CUADROS POLÍTICOS

La formación es clave si el Partido Moderado quiere pasar de ser un espacio o partido nuevo a una fuerza con chances de gobierno.

En nuestro último congreso partidario dijimos que no alcanza con candidatos mediáticos.

Es imprescindible tener cuadros y militantes formados en lo social y en la gestión pública.

El máximo problema que podríamos afrontar es que, en un frente donde hay gigantes, corramos el riesgo de ser furgón de cola.

La grieta se alimenta de improvisados.

El Partido Moderado propone otra cosa.

Proponemos cuadros que vivan intensamente la política y sean eficientes para la función pública.

Un objetivo inicial importante es formar cuadros con las tres F:

Firmeza doctrinaria.

Formación técnica.

Fortaleza territorial.

La formación de cuadros diferencia a un partido verdadero de un «sello electoral de alquiler».

Es necesario demostrar que este modelo es un proyecto de poder con gente formada.

La grieta improvisa candidatos; nosotros formamos líderes.

«Sin cuadros, sos inquilino; nunca dueño».

No trabajar en la formación te convierte en un convidado.

Podríamos conseguir lugares en listas, sí, pero jamás manejaríamos áreas claves de gobierno por la falta de cuadros técnicos o formados políticamente para la gestión.

«El poder no se pide, se ocupa con gente formada».

Rosario y la provincia de Santa Fe no se arreglan con eslóganes.

Se arreglan si tenés doscientos tipos que sepan, como vos o mejor que vos, adónde vamos, cómo vamos y por qué vamos.

El riesgo de todo partido nuevo es que pueda morir con el líder que lo fundó.

Son muchos los casos en los que, cuando se retira el creador, el partido desaparece.

La grieta te da un minuto de fama en televisión, radio o redes sociales.

Pero el Partido Moderado debe formar cuadros para defender cuatro años de gestión.

Nosotros sacamos a la cancha ciudadanos comunes formados.

Esa es la diferencia entre ser un partido testimonial y ser un partido de poder.

Por eso, la formación es la diferencia entre la capacitación y la incapacidad.

Y en política es indispensable tener capacidades.

La formación política de hoy exige más que conceptos teóricos.

Exige formación humana, sensibilidad, empatía y capacidad de adaptación instantánea a cualquier situación y ante cualquier persona o grupo.

Sin esa posibilidad de adaptarse es imposible pensar en un cuadro político concreto.

Sin cuadros y solo con seguidores que no difundan los principios, los valores y las ideas del partido, sería imposible trascender más allá de algunos pocos años, con serias posibilidades de no llegar nunca.

Los ejemplos de partidos que atienden la formación de cuadros técnicos, logísticos y territoriales, tanto para la gestión como para la campaña y la acción partidaria, son varios.

Existen institutos, fundaciones y cursos.

Un partido sin cuadros puede tener gente, afiliados y hasta ganar una elección.

Pero tendrá serias dificultades para disponer de funcionarios para la gestión.

La diferencia entre un partido con cuadros políticos y uno que no los tiene es clara: uno será efectivo en la gestión y el otro será apenas un «sello» para juntar gente.

¿Es importante?

¡Sí, es importante!

Y es clave la formación técnica.

La Argentina precisa a los mejores en los lugares más difíciles de ocupar.

Y en esto no se puede improvisar.

LA POLÍTICA COMO ACCIÓN DE SOLIDARIDAD

No hay acción política sin acción solidaria.

El sentido de la política es la mejora en la calidad de vida de los ciudadanos.

En este tema no debe confundirse solidaridad y asistencia con asistencialismo.

La solidaridad como tal es parte de nuestra conducta humana y cultural y está en el ADN argentino, como una huella digital que nos identifica claramente, mostrando el lado más humano y la mejor versión de nosotros mismos.

La política también da margen para que en los partidos se ejercite como práctica habitual la solidaridad, estando presentes allí donde es necesario estar.

La solidaridad no es una acción solamente de la política.

Por eso trasciende lo sectorial, lo partidario, lo religioso o lo gremial.

Es uno de los más enaltecedores actos de amor al prójimo.

La manipulación de recursos públicos en tareas solidarias organizadas por partidos políticos es claramente un acto interesado, con la intención de obtener el favor electoral de la gente.

Se confunde el difuso límite entre lo público y lo partidario y se manipulan voluntades para obtener rédito político.

Ser solidarios es un acto de fe, de una clara y transparente voluntad humana, y es totalmente positivo.

Manipular recursos públicos para ese fin es un acto repudiable para la alta política.

La política argentina tiene todas las características posibles: desde gestos grandes que nos han distinguido a nivel mundial hasta caer en repartir alimentos podridos, malversar fondos públicos perjudicando a sectores como las personas con discapacidad, la asistencia a los más vulnerables y la atención sanitaria; falsear documentación para obtener beneficios sociales, robar mercaderías y realizar todo tipo de acciones de las más bajas.

Allí donde el límite es difuso y no hay claras fronteras, se confunde el rol del Estado con la intervención de la politiquería, que es la peor versión denigrante de la política.

Porque esa peste de la corrupción no es solo de la política.

Atraviesa transversalmente toda la sociedad y, por lo tanto, enferma las instituciones en general.

No es la política, no es el sindicato, no es la Iglesia ni el comedor comunitario.

Es la mala gente que puede existir en todos los niveles, desde el más humilde hasta el más encumbrado.

Esto sucede cuando no hay claros ejemplos desde el poder.

Si hay corrupción abajo, es porque vino descendiendo desde lo más alto.

No hay corruptos abajo y arriba no.

Los hay en todos lados.

La gran pelea es enfrentarse a la corrupción y evitar que la solidaridad se manche con lo peor de la parte enferma de la sociedad.

Sea en la actividad política, empresarial, privada y, especialmente, atendiendo a que esto no suceda en lo público.

EL SÍNTOMA DEL AISLAMIENTO SOCIAL

Las sociedades emiten y demuestran síntomas como un cuerpo humano.

El síntoma habla claramente de la enfermedad.

Estudiarlo puede orientarnos a conocer un diagnóstico y, con ello, un tratamiento adecuado para su curación.

Una sociedad cuyo mayor síntoma es la apatía hacia la política o la participación ciudadana nos está mostrando que el cuerpo ya está enfermo.

Es alarmante la caída en la participación electoral.

La gente siente que no tiene sentido participar porque siempre resulta en lo mismo.

Creemos que todo puede mejorar o no en una elección, pero la enfermedad sigue allí, avanzando lentamente, aunque firme, hacia los electorados más jóvenes, como una enfermedad contagiosa que puede convertirse en irreversible.

En definitiva, el aislamiento de quien descrea solo lo deja cada vez más vulnerable.

Cada día más indefenso y más débil.

Porque un ciudadano que abandona sus derechos, no los valoriza o descrea totalmente del sistema político, social y de poder del país, queda expuesto.

El abandono lento y progresivo de estos derechos va creando en el individuo un mayor aislamiento social.

No ser parte, no estar, no participar y no interesarse por la cosa pública genera inmediatamente una debilidad total en lo individual.

Somos fuertes en tanto seamos abiertos, comprometidos y partícipes de lo común.

Nadie será fuerte desde el aislamiento.

Desde lo individual no gravitaremos jamás en el espacio social.

Las sociedades más fuertes son aquellas que están compuestas por individuos que se realizan en sus vidas.

De lo contrario, seríamos un conjunto de debilidades.

Los países han atravesado diferentes crisis: movimientos independentistas, guerras civiles, enfrentamientos de muchísimos años, guerras mundiales y caídas de gobiernos de toda ideología posible.

Y en todos los casos, el hombre gravita en la sociedad intentando modificarla para bien.

Si no sucede para bien, el individuo no actúa con la malsana intención de dañar a sus compatriotas o destruir su sociedad.

Puede salir mal su bienintencionado propósito porque existen otros factores que afectan el resultado final.

Eso muestra claramente la limitación de actuar como individuo pretendiendo modificar el todo.

No habrá jamás un todo sin la modificación del yo.

El individuo, como engranaje del rol social, sin él todos o el nosotros, no puede sostener un esfuerzo de la comunidad en su conjunto.

Y, por lo tanto, se asiste a un fracaso general.

Donde perdura el individuo, fracasa lo colectivo.

Habría que coincidir con aquello de que nadie se realiza a sí mismo en una sociedad que no da oportunidades.

Pero la misma sociedad es el resultado de millones de actitudes de compromiso individual para con el otro.

No habrá posibilidades para un país pensado solamente desde el yo.

Sin embargo, todo será posible para un país pensado en conjunto y donde se consideren y respeten las individualidades de cualquier origen.

Los moderados no sembramos caos.

Creemos en la paz, la solidaridad, el encuentro, la reconciliación, en sanar vínculos y encontrar las coincidencias.

Es impensado un moderado sin estas actitudes.

Nosotros queremos ser parte de la solución de los problemas, no ser la causa ni quienes profundizan las crisis.

Hay un principio de fondo:

Cuando la grieta dice «el otro es el problema», los moderados decimos y actuamos con:

«Yo soy parte de la solución, aunque no tenga la culpa».

Ante el aislamiento social, los moderados no hacemos campaña:
hacemos territorio.

Creamos vínculo, llegada, cercanía y empatía.

Abrazamos solidariamente.

No buscamos seguidores.

Buscamos responsables para cambiar la realidad.

No pretendemos tener la razón.

Queremos que la cosa funcione.

Si no hay nadie, nosotros llegamos para estar.

Los moderados cocinamos a «fuego lento» en un mundo de
grietas rápidas y conceptos rebuscados e inmediateismo.

La grieta vive de la reacción en dos horas.

Facebook, Instagram y X —ex Twitter— son plataformas donde el escándalo y el olvido se suceden rápidamente.

El moderado sabe que romper el aislamiento lleva seis meses de confianza, cercanía, mates y una obra concreta y visible.

El aislamiento social crece cuando la gente cree que luchar es inútil o que pelear te deja afuera.

En conclusión, romper el aislamiento social es el trabajo más difícil del Partido Moderado.

Y no se produce por la apatía de la gente.

Se produce por el abandono de los malos políticos.

Romper el aislamiento social es posible con una gran dosis de responsabilidad social.

Es ver estratégicamente la sociedad desde el individuo, sin caer en el individualismo, y equilibrar las necesidades con las posibilidades concretas de solucionarlas, desde la comprensión, el amor y la visión de un país grande.

LA MODERACIÓN FRENTE A LA POLARIZACIÓN RABIOSA

River-Boca, peronistas-antiperonistas, unitarios-federales y la nueva grieta que, en la Argentina, es tan vieja como el propio país.

De hecho, antes de ser un país como lo conocemos hoy, estábamos totalmente empantanados en luchas intestinas y separaciones sectoriales.

Por eso la Argentina jamás pudo vivir una era de unidad nacional real y concreta.

Esa unidad es imprescindible para pensar, crear y sostener políticas de Estado que solucionen los problemas reales de los argentinos.

Pensar una Argentina unida es el deseo de todos.

¿Lo es?

¿Será tan así?

Es una cuenta pendiente de todos nosotros.

¿Seremos capaces de dar ese paso?

¿Somos un país unido?

¿Pensamos en el país antes que en nuestra realidad individual?

¿Pensamos en el otro como un argentino más, con todos los derechos y obligaciones ante la ley y como método de convivencia social?

Podemos decir hoy, más que nunca, claramente, que esto no sucede.

La Argentina hoy precisa, antes que un proyecto político de gobierno, un proyecto de país.

Saber qué país queremos ser, adónde y cómo transitar ese proceso.

Por cierto, no será fácil.

La mayor traba se da en los partidos políticos de poder que han venido usufructuando el poder durante toda la vida política del país y, además, en una subcultura del poder donde la toma del mismo es apenas un detalle.

Lo más importante es sobrevivir a cualquier precio.

Y, si es necesario, traicionando, modificando nombres de partidos o frentes y cambiando la camiseta partidaria como de calcetines.

¿Es posible, después de este panorama, pensar un país unido y sin grieta?

¿Es posible entender que las únicas voces no son las de los llamados partidos grandes?

Es necesario pensar un país de pactos, acuerdos y consensos multipartidarios.

Un país que se siente en mesas de negociación y logre objetivos de mediano y largo plazo.

Políticas que deberían ser consideradas o instrumentadas bajo rangos constitucionales, como políticas de Estado.

Así evitaríamos caer en que, cuando un gobierno de otro signo llega a gobernar, viene a destruir todo lo del gobierno anterior, con el único fin de desaparecer cualquier vestigio del anterior e imponer un nuevo relato totalmente ideológico.

Algunos lo podrán llamar revolución.

Otros, eliminación de los privilegios de la casta.

Otros, el relato de la épica.

Un relato que solo sirve a los enamorados circunstanciales de una moda que presagia lo peor.

Las consecuencias de la división tajante, si es blanco o negro, solo crean ceguera.

La política, el gobierno y el poder deben alimentarse de matices, de terceras, cuartas o quintas opiniones, y no morir en el intento de caer en alguna de las dos únicas veredas de la mediocre grieta.

Esta polarización solo genera desazón, amargura, tristeza y malos gobiernos que están más entretenidos en la pelea y en polarizar la opinión pública que en solucionar y gobernar para vivir mejor.

Podríamos decir que ser parte de la grieta hoy es de lo más anti argentino que existe.

Es ser parte de un escenario perverso de involución y decadencia.

Por esto, los moderados caminan recibiendo sopapos de ambos lados.

No hay nada más peligroso para los extremos que la moderación.

No hay nada más peligroso para el blanco y el negro que los colores.

No hay nada más peligroso que el matiz, el derecho a dudar, pensar y ser libres o independientes, liberados de ataduras mentales antagónicas.

Hoy vivimos una polarización rabiosa.

Es rabiosa porque muerde para enfermar y transmitir el virus.

El objetivo es la eliminación del otro pensamiento.

No importa cómo.

No importa si hay que calumniar, descalificar, mentir, corromper o incluso matar.

Este método es usado por casi todos los partidos políticos del poder.

Es una característica cultural de quienes no logran encontrar equilibrio ni en sus mentes ni, mucho menos, en sus corazones.

¿Qué podría pensar en la eliminación del otro para imponer solamente el propio pensamiento?

¿Qué nace de allí?

¡Las dictaduras!

Los dictadores y los antidemocráticos son quienes ajustan la realidad de acuerdo con su lamentable discurso.

Ellos precisan imponer.

Y la principal característica es el descreimiento casi total de la cosa pública, mucho más de la política.

Para los moderados, la política es arte y ciencia.

Para otros, la política es el medio del poder para imponer pensamientos únicos y eliminar al otro.

Repito: no hay colores ni matices, ni tampoco higiene en el pensamiento descalificador y agresivo.

Los moderados debemos transitar un difícil camino de poder mostrar las bondades del diálogo, el entendimiento, la unidad, la reconciliación y el acuerdo.

Es difícil construir allí donde reinan solamente los destructores.

Habrà que crear una cultura necesaria de comprensión, de pensar en todos de verdad.

No se puede vivir en un país que comienza todo de nuevo cada cuatro años.

¿Habrà que pensar en modificar el sistema político?

¿Habrà que establecer, con rango constitucional y más herramientas, mecanismos que obliguen a los partidos a mantener ciertas políticas para garantizar una convivencia mejor?

Solo así podremos pensar en un país unido.

Es una visión más cercana a la realidad de las mayorías sin eliminar a las minorías.

Por eso, los moderados, como partido político y herramienta auxiliar de la democracia, debemos convertirnos en los garantes del debate de excelencia.

Salir de la zona de confort de debatir solo desde la óptica de oficialismo y oposición.

Construir puentes.

Tender lazos.

Ir más allá de la responsabilidad de gobernar.

Los moderados, como partido, asistimos a la construcción creando y defendiendo nuestra presencia allí donde falte unidad.

EL FIN DE LA CONFIANZA Y LA NECESIDAD DE LO MODERADO

Gobernar implica generar varias condiciones para, al menos, tener un período saludable.

Una de ellas debe ser aprovechada por el partido recién electo, especialmente desde el momento de asumir.

Los ciudadanos, al votar, libramos una especie de «cheque en blanco» a nuestro candidato electo.

La confianza, la fe, la esperanza y las expectativas de que el gobierno avance hacia, al menos, algunas de las propuestas por las que lo votamos constituyen un valor que tiene un límite.

Ese es el capital inicial de cualquier gobierno.

A medida que pasan las semanas y los meses, vamos evaluando, al menos durante el primer año, si ese gobierno es o no lo que votamos.

Claro, si sos parte de esa tribu de fanáticos que todo lo ve bien, incluso lo que claramente está mal, el tipo de decepción tardará más.

Los ciudadanos tenemos expectativas distintas de los habitantes.

Existe una gran diferencia entre ambos.

Un ciudadano tiene sentido democrático y republicano, está apegado a la ley y a los derechos y entiende que la Constitución es el marco total de la vida de un país.

El otro, el habitante, solo está.

Sin menospreciar su posición, es un mero observador del rumbo diario de los acontecimientos.

Mira, murmura y opina sin sentido sobre temas que solo son manejados por un nivel de la población que está totalmente desinteresado de la cosa pública.

Ese no tiene plazos, no cree, no tiene expectativas y comúnmente califica a la política con frases como:

«Son todos iguales».

«Son la misma porquería».

Y otras expresiones típicas de su máximo esfuerzo por opinar sobre aquello que no comprende ni le interesa comprender.

Los gobiernos, según diversos estudios, tienen entre sus primeros cien y ciento treinta días para definir un perfil y orientar las líneas más importantes de su futura gestión.

Elegir buenos ministros y secretarios para las distintas áreas va consumiendo los primeros kilómetros de gracia del gobierno.

Lo gratis se termina.

O nunca fue gratis.

Comienzan las disconformidades de la gente cuando aparecen ministros, secretarios y demás funcionarios que son todo aquello que no se había votado.

Acuerdos.

Ex integrantes de otros espacios que se pasaron de bando o de partido.

Los que ayer se odiaban y alimentaban el fuego de la grieta, hoy están abrazados en el mismo gobierno.

Si eso fuera producto del consenso, de políticas de acuerdo y de diálogo para encontrar soluciones, sería diferente.

Pero comúnmente no es así.

Todo se limita al acuerdo oscuro y a las transas.

Entonces, el proyecto votado por el ciudadano que puso fe, esperanza y confianza se ve sin poder recibir nada bueno.

La decepción llega cuando la ciudadanía no ejerce control y no reclama por la gestión y por cada acto de gobierno, aun los más insignificantes.

Si la ciudadanía tuviera un rol activo de control de las gestiones, seguramente la situación del país hoy sería otra.

La responsabilidad social y política de los integrantes del Partido Moderado es más que importante.

Nos ubica en ese «tercer sector», en el medio, a distancia de los extremos.

La sensatez y la defensa del equilibrio son valorespreciados en un sistema invadido de violencias y agresiones.

El único signo de esas acciones es el fracaso de cualquier proyecto político, generando una nueva frustración electoral.

Allí la moderación se destaca, entre otras cosas, por crear la necesidad de cambio, volver a crear esperanza y recuperar la fe.

No es fácil, en una sociedad castigada y escéptica, construir sobre escombros.

Exige una tarea de gran trabajo de remoción de material inútil, preparar otra vez el terreno, crear un proyecto mejor y sostenerlo.

Un proyecto viable y que efectivamente sirva para la solución de los problemas de los argentinos.

LLAMADO A LA ACCIÓN PARA LA SENSATEZ

Un llamado a la acción desde el pensamiento moderado busca motivar el cambio sin caer en la urgencia extrema o en la agresividad.

Se basará en la reflexión, la productividad y el equilibrio, invitando a dar pasos pequeños pero firmes que transformen intenciones en realidades concretas y tangibles.

El Partido Moderado debe ser el instrumento de acercamiento, diálogo y debate superador.

No debe alejarse de los temas conflictivos, sino de los conflictos de la politiquería.

La política, como arte y ciencia, merece un trato distinguido.

Eso exige que nuestras posiciones sean las más cercanas al común de la gente: populares, pero sin alentar medidas populistas.

El Partido Moderado debe comprometerse siempre con los más desprotegidos, sin fomentar pobreza para tener cautivos a ciudadanos empobrecidos y manipulados.

Debemos crear ciudades y sentido de responsabilidad de excelencia.

Aprender de otras experiencias y de otros países.

Sin pretender importar nada culturalmente ajeno a nuestra idiosincrasia, pero sí entendiendo el mundo y siguiendo aprendiendo de modelos exitosos.

Actuar desde el Partido Moderado significa ser un puente, priorizando el diálogo y la escucha activa para mejorar la calidad de vida sin caer en fanatismos.

Esto significa posicionarse en el centro del espectro, buscando equilibrio y soluciones pragmáticas y alejándose y oponiéndose a posturas extremas.

Debemos priorizar el pragmatismo sobre las ideologías y alentar soluciones técnicas que resuelvan conflictos.

Los moderados, como partido político, tenemos una responsabilidad por encima de gobernar: ayudar a gobernar y ser garantes de que el sistema democrático funcione sin trampas.

Es una tarea difícil.

Pero quien se considere un moderado debe entender que primero está la patria, después el partido y, por último, los hombres.

CONCLUSIONES

Creemos un partido para servir, no para servirnos del Estado ni utilizar el partido, la política o cualquier instrumento de la vida

política democrática para satisfacer necesidades o alimentar egos personales.

Creemos en la justicia social como objetivo de grandeza y movilidad social ascendente.

Creemos en la patria, en nuestros valores y principios, y respetamos la cultura en todas sus significativas expresiones.

Consideramos a nuestros diferentes rivales como hermanos de una misma nación, con las mismas identidades culturales y respetando los matices.

No nos posicionamos allí donde las posturas sean irreconciliables o sus pensamientos, métodos o acciones sean violentos de cualquier índole.

Entendemos económicamente el equilibrio fiscal sin costo social.

Defendemos el déficit cero y el orden de las cuentas públicas, pero no a costa de que los más humildes, los jubilados y los sectores que precisan la ineludible presencia del Estado sean la variable de ajuste.

Creemos en el orden público y en la economía social.

Es necesario fomentar el apoyo incondicional como política de Estado, el respaldo a las Pymes, a la industria estratégica y a la elaboración de productos para exportar con valor agregado.

«No solo queremos exportar cueros; queremos exportar zapatos».

No solo queremos ser un país agroexportador.

Aspiramos a alimentar al mundo en crisis de alimentos, pero entendiendo el consumo interno como una prioridad insoslayable.

No podemos exportar alimentos y tener argentinos con hambre.

Creemos en un nuevo régimen político institucional.

Consideramos necesario adaptar y modificar, mediante una reforma constitucional, el sistema para avanzar hacia un sistema parlamentario con acuerdos de gobernabilidad.

Creemos que el parlamentarismo ofrece mayor flexibilidad política porque evita crisis de gobernabilidad crónicas y dinamiza el control mutuo entre los poderes del Estado.

Creemos en una plataforma netamente productivista que genere las condiciones generales y dé oportunidades con competencia leal e igualdad de condiciones.

Promovemos la derogación de las retenciones.

Planteamos la eliminación total e inmediata de los derechos de exportación del agro que asfixian el dinamismo de las economías regionales.

Promovemos la eliminación de todo cepo cambiario y de las restricciones cambiarias, por entenderlas como un freno directo a la producción de las Pymes.

Creemos y pensamos en ciudades más humanas, que respeten al individuo por sobre el avance del cemento en la vida de los vecinos.

Promovemos la transformación de los grandes conglomerados urbanos mediante políticas públicas orientadas a escala humana,

con espacios verdes recreativos, planificación estratégica y encuentro vecinal.

Exigimos derivar mayores presupuestos directos a los municipios y sostener la capacitación en todos los ámbitos.

Porque creemos y defendemos la escuela pública y la educación universitaria gratuita, avalada, cuidada y protegida por el Estado, como lo garantiza la Constitución Nacional.

Privilegiamos la salud pública como un derecho universal, así como la educación y la seguridad pública.

En definitiva, ser moderado es involucrarse seriamente en la cosa pública.

Implica proteger, por encima de lo mío, lo de todos.

Lo de todos, por encima del yo.

Ser moderado es asumir el compromiso como un arte.

Es reivindicar el pacto y la negociación clara y transparente, sin complejos.

No como una rendición, sino como la forma más civilizada y valiente del progreso estable.

La valentía de ser moderado es trabajar con la idea de que, en tiempos de extremos y divisiones, la moderación requiere coraje físico e intelectual.

Ser moderado es asumir el costo del matiz, de ver en colores y no con la monotonía del blanco o negro.

Porque se necesita valor para aceptar la crítica y aceptar el ataque de ambos lados.

Se requiere entereza, templanza, confianza, fe y una altísima paciencia.

Ser moderado es tener la entereza de no ser víctima del populismo y el tribalismo que fomentan los extremos.

Ser moderado es priorizar la complejidad frente al eslogan vacío y circunstancial.

Ser moderado es tener la valentía de rechazar acciones simplistas frente a problemas complejos.

Porque nosotros, los moderados, podemos atrevernos a decir:

«Depende».

En un mundo que exige decir «sí» o «no», ser «blanco» o ser «negro», ser moderado no es poco menos que un privilegio.

Allí donde masivamente los corrales se llenan de seguidores que buscan aprobación y validación, nosotros nos atrevemos a decir que tenemos una idea superadora.

Una idea que incomodará a la comodidad de los seguidores del pensamiento único.

Los moderados no somos obsecuentes.

Somos consecuentes.

Y defendemos la libertad de opinar, aun erradamente.

Es momento de atreverse a ver, analizar, pensar y actuar distinto.

Liberarse de los yugos del pensamiento único.

Dejar de consumir información elaborada en laboratorios de manipulación.

Soltar el pasado sin olvidar, pero perdonando, para poder crear en nuestras cabezas un nuevo país.

Un país donde haya realmente libertad, desarrollo y trabajo.

Un país donde podamos transitar la vida con felicidad.

Es posible.

Yo sé que sí.

Por eso soy un moderado.

Por eso fundamos el Partido Moderado.

Y defenderemos esta idea hasta el final, con el propósito de aportar lo mejor para la grandeza de la patria y la felicidad de todos los argentinos.

Ser parte de una organización política exige conocer lo más posible a la gente.

Quienes se acercan a ser parte lo hacen por miles de motivos.

Algunos son muy nobles y enaltecedores.

Otros son más mezquinos y hasta tienen las más bajas intenciones.

Esto exige lograr un conocimiento muy fino, medido y lo más certero posible de quienes se suman.

Las decepciones suelen ser grandes, pero las satisfacciones también.

Por suerte, por oficio o por los anticuerpos que hemos generado dentro del partido, no llegan muy lejos quienes vienen aventurados en busca de un beneficio únicamente personales o quienes pretenden destruir.

No hay lugar para lo menor, para las tibiezas ni para los oportunistas.

Por eso, nuestra convocatoria siempre es anticipada.

Jamás un candidato que intente llegar a los codazos dentro de su partido logrará tener el respeto del conjunto.

Por eso, en el Partido Moderado, las candidaturas son producto de un equipo que pueda gestar el sostén de una lista de candidatos, y nunca al revés.

Nunca desde el yo.

Siempre desde el nosotros.

La política de nivel competitivo requiere construcción desde abajo y sostenerla desde todo el partido.

Por eso, quien pretenda llegar debe saber construir consensos, acuerdos y, sobre todo, tener generosidad a la hora de saber ceder.

Saber cómo ceder y ante quién ceder.

Siempre es responsable ceder con el respaldo del conjunto y no desde lo personal.

En cuanto a la conducción, el conductor debe saber que su responsabilidad es siempre personal.

El éxito depende, en gran parte, de su capacidad para llevar las inquietudes, medir capacidades y lograr objetivos, desde lo mínimo hasta lo máximo.

Su principal arma siempre debe ser la persuasión.

Jamás se manda en política.

Siempre se persuade.

Se aprende a pedir y a convertir la necesidad de la conducción en la necesidad de todo el conjunto.

El éxito o el fracaso de una misión se miden por su trascendencia.

A veces, por un resultado inmediato; otras, a mediano o largo plazo.

En esto, la paciencia debe ser otra de las herramientas de la construcción.

El apuro o la ansiedad pueden definir casi siempre para mal, generando el fracaso de la misión.

Otras herramientas de vital importancia son la información más precisa del objetivo.

Sin información del terreno sobre el que se debe actuar, podríamos hacer nacer una derrota desde el primer paso.

El secreto es la segunda herramienta.

Los partidos políticos son celosos custodios de toda información posible.

Por esto, el secreto de ciertas informaciones es un arma que debe utilizarse en el momento justo.

Sin secretos no hay garantía de movimientos, aun en contra del propio partido.

Los enemigos no siempre están afuera.

Muchas veces se infiltran o son infiltrados para obtener información.

La traición siempre nace cerca de la conducción.

La tercera herramienta es la sorpresa.

Actuar sin avisar, con información y sabiendo guardar el secreto, convierte a la acción sorpresiva en una de las mayores armas de desestabilización del rival o enemigo.

Aunque parezcan herramientas fáciles, el mayor de los problemas radica en la aplicación.

Llevar adelante, en la práctica, esta teoría requiere un conductor hábil, que no siempre debe ser un filósofo, un estudioso o un técnico.

Debe ser una persona despierta, astuta y totalmente convencida de su propósito.

Nuestros afiliados y militantes se suman al partido entendiendo que todos son importantes.

Que no hay nadie más que nadie.

Y que todos tienen capacidades para explotar en lo personal y en el conjunto.

Pero también el individuo o grupo que atente contra el partido o su conducción es visualizado como un cuerpo extraño.

Allí, los «anticuerpos» ordenan lo interno y comienza su accionar contra el elemento ajeno.

Ese cuerpo que pretende enfermar la estructura del partido será, sí o sí, aislado, neutralizado y posteriormente quedará afuera de la organización del Partido Moderado.

Somos un partido nuevo, joven, y no por eso somos chicos.

Medir a los partidos como grandes o chicos es una definición fácil y que no requiere otra cosa que evaluarlos por su forma, poder o escándalos.

El Partido Moderado es una opción y una oportunidad.

Que sea allí donde puedan canalizarse las expectativas individuales y donde todos comprendan que primero deben dejar las ambiciones desmedidas en la puerta del partido.

El lugar para los desmedidos es el olvido.

La recurrente situación de nuestro país nos compromete y exige claramente hacer las cosas bien: artesanalmente, con dedicación y amor por el prójimo.

Sin amor, sin fe, sin compromiso y sin pasión no habrá el combustible necesario para emprender nada que camine hacia el éxito.

Como experiencia personal tendría miles de anécdotas.

Pero mi mayor conocimiento sobre armado y organización militante y política lo aprendí y comprendí junto al presidente Carlos Saúl Menem.

Trabajo en política desde 1983, con el advenimiento de la democracia contemporánea que le dio el triunfo al presidente Raúl Alfonsín.

Milité dentro del justicialismo.

Heredé esa militancia de parte de mi familia.

Fui protagonista y testigo de muchos momentos históricos del país.

Siempre dentro del llamado menemismo o de la centroderecha.

Jamás, hasta el último día de su mandato, dejé de pertenecer a ese sector.

El transcurso de los años fuera del gobierno de Menem, ya concluido, me encontré formando y fundando, junto con mi esposa y varios compañeros, y por pedido de Carlos Menem, el Partido Popular.

Después, por problemas legales y diferentes divisiones, esa historia terminó.

El paso del tiempo nos encontró fundando el Partido Moderado, considerando que la situación nos exigía ser parte y no mirar cómo la vieja política destruía el país y cómo nacía una grieta maldita que nos dividía cada vez más y solo enfrentaba a pobres contra pobres.

La hora exigía un gesto de mayor compromiso.

Y otra vez nos pusimos los guantes.

Y allí fuimos nuevamente.

Todo se hizo desde nosotros mismos.

Sin padrinos, sin jefes, sin banca política ni económica.

Hoy, después del descomunal esfuerzo de un grupo de héroes, tenemos un partido sólido, con proyección y activo.

Y, si de algo podemos presumir, es de que no somos un sello ni un partido de alquiler ofrecido al mejor postor.

Aunque tuvimos y tenemos la idea de un proyecto moderado nacional.

Esto habla de que no tenemos objetivos conformistas.

Nos movilizan la grandeza de la patria y la felicidad de todo el pueblo argentino.

Convocamos y abrimos las puertas de nuestro Partido Moderado a todos los ciudadanos de bien, más allá de sus capacidades, siempre que tengan amor por el pueblo argentino y el férreo compromiso de construir una patria grande, solidaria, justa y soberana.

Una patria que defienda la República y las instituciones, que proteja al más débil, que persiga la justicia y logre, con la iluminación de Dios, fuente de toda razón y justicia, un país más justo donde los argentinos volvamos a ser felices.

ESTÁS CONVOCADO.